

Zuleta Alvarez, Enrique (Octubre 2000). Una experiencia bibliotecaria en Mendoza. 5ª Jornadas Nacionales de Bibliografía, Mar del Plata.

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas INIBI. Puán 480 - 4º Piso - Of. 8 - (C1406CQJ) Buenos Aires | ARGENTINA | Tel. 5287-2892 | 5287-2893
Correo-e: inibi@filo.uba.ar | inibi.uba@gmail.com | <http://inibi.institutos.filo.uba.ar>

UNA EXPERIENCIA BIBLIOTECARIA EN MENDOZA

Enrique Zuleta Alvarez

Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Cuyo

Numerario de la Academia Nacional de la Historia.

RESUMEN:

Como una contribución a la historia de las bibliotecas argentina, se expone la primera parte (1958-1961) de la experiencia llevada a cabo en Mendoza para regularizar y normalizar la preparación de los bibliotecarios, en torno a la reforma que se operó en la Biblioteca Pública “General San Martín”. Se transformó la estructura de la misma, se re-catalogó y se clasificó el material de libros y publicaciones periódicas, se crearon nuevas secciones (Canje, Referencia, Biblioteca Infantil, entre otras) y organizaron cursos para capacitar al personal de Mendoza, San Juan y San Luis. La tarea se llevó a cabo con la colaboración estrecha de la Universidad Nacional de Cuyo y con el asesoramiento inicial de Josefa Emilia Sabor, Ema Linares y Omar Lino Benítez, se crearon todos los instrumentos formales y prácticos que representaron una modernización total de la Biblioteca. Esta acción se trasladó a Universidad y a la Provincia y representó la prueba concreta de que las reformas de este carácter son factibles y se pueden llevar a cabo si se proyectan con solvencia técnica y capacidad administrativa.

Mi vida en las bibliotecas

Cuando Sarmiento, inspirado en los Estados Unidos, propuso una reforma cultural para educar al pueblo y habilitarlo para la plena vida republicana, tuvo en cuenta dos aspectos centrales: uno, organizar la educación común y popular y el otro crear una red de bibliotecas públicas que completara esa educación mediante el acceso a los libros. El programa educativo y alfabetizador se llevó a cabo, transformó la Argentina pero la otra parte, las bibliotecas, apenas se inició y es un problema pendiente que requiere una solución urgente e impostergable porque no hay cultura sin libros ni bibliotecas.

Una historia de la cultura argentina deberá, por lo tanto, considerar el desarrollo de las bibliotecas en nuestro país y en ese estudio habrá que ponderar el esfuerzo que se ha hecho en todo el territorio y por generaciones diversas de educadores y políticos para levantar las bibliotecas y oponerlas a la fuerza de la inercia y la mediocridad que, en este aspecto, sólo son otras caras de la barbarie.

Cuando se emprenda ese estudio habrá que conocer épocas, situaciones, hombres, proyectos y realizaciones. En esas circunstancias reivindico para Mendoza y en el lapso de los diez años que van de 1958 a 1968, un ejemplo que, a pesar de su modestia, me complazco en exhibir, no por la vanidad que pudiera reprocharse en subrayar mi acción personal, sino porque puede servir para ilustrar las posibilidades de empresas parecidas o mejores que la que aquí relato.

Mi relación con las bibliotecas viene desde mi infancia en Buenos Aires, con aquella biblioteca pública que está en la Plaza de Belgrano y continúa con todas las otras que jalonan mis años de estudio y de profesor e investigador en humanidades en la Argentina, en Europa y los Estados Unidos. Es decir, mi conciencia del sentido y el valor de las bibliotecas la tengo tan acendrada y firme como mi misma vocación por la vida intelectual.

También quiero recordar que en mis años de estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza, tuve la fortuna de aprovechar una de las principales instituciones con que se creó, en 1939, dicha Universidad, para la cual su Rector-fundador, Edmundo Correas, tuvo el acierto de organizar una Biblioteca Central, frente a la cual puso nada menos que una de las más grandes figuras de la lingüística y la gramática española: el profesor Juan Corominas, que se hallaba exiliado de la Guerra Civil española y además de las cátedras –fui un alumno de su cátedra de Gramática castellana- ya preparaba en Mendoza lo que sería su famoso Diccionario de Etimologías. Humanista distinguido, Corominas se aplicó a organizar desde sus inicios una biblioteca modelo y ese fue para mi el primer ejemplo de la significación que la biblioteca tiene en la vida universitaria.

Años después estudié en Madrid y tanto en la Biblioteca Nacional como en la Universidad y en la para mi deslumbrante del viejo Ateneo, tuve ocasión de confirmar mi fe en que sin la experiencia de trabajo en las bibliotecas todo intento de saber carece de un fundamento esencial. No hay cultura sin libros ni libros ni colecciones de publicaciones periódicas sin una biblioteca organizada y eficaz.

En este mismo plano, el destino me brindó otra experiencia inolvidable: la del magisterio y la amistad de Don Antonio Rodríguez Moñino, el más grande bibliógrafo de la España contemporánea, insuperable conocedor de bibliotecas, museos y colecciones documentales, editor de clásicos y modernos y humanista de personalidad de cuño singularísimo. A su lado y durante mucho tiempo aprendí a recorrer bibliotecas y librerías y Don Antonio me enseñó una lección sobre los libros y la cultura que me ha acompañado toda mi vida, del mismo modo que el ejemplo de su carácter de español rebelde y original, que por razones políticas vivía aislado de las instituciones oficiales sin desmayar en su consagración al estudio y la erudición, me ha servido de inspiración en muchos momentos duros de una vida que, también y más en la Argentina, hay que vivir con sacrificio y estoicismo.

Por último, mi vida en los Estados Unidos, donde he estado en muchas oportunidades, enseñando, trabajando y, sobre todo, leyendo e investigando en esas maravillosas catedrales del saber acumulado que son las bibliotecas, donde nada falta, todo está organizando y una multitud de personas y elementos se ponen al servicio eficaz de quien consulta sus colecciones. ¿Cómo no recordar las bibliotecas universitarias, la New York Public Library y, más recientemente, la del Centro de Investigación de la City University of New York, en cuyas deliciosas catacumbas me sumerjo durante horas en el silencio y la tranquilidad de un tiempo infinito para leer y leer. De allí he traído el material de clases, cursos, artículos, notas y libros y si el destino me lo permite, volveré una y otra vez para dar sentido pleno a mi vida. Hemingway decía que los americanos buenos, cuando mueren, se van a París y yo diría que los buenos lectores de todo el mundo, cuando mueren, debieran irse a las bibliotecas norteamericanas...

Pero me faltaba la experiencia de trabajar desde adentro de las bibliotecas, es decir, pasar del otro del mostrado y entrar al núcleo central de este mundo que me era tan familiar. La ocasión se presentó en 1958, cuando ingresé como Secretario de la Biblioteca Pública "General San Martín" de Mendoza, vieja institución de la Provincia, fundada nada menos que por el General San Martín pero que languidecía en el nivel más bajo de su organización y funcionamiento, achaque que, como se sabe, aun aqueja a las mayoría de estas bibliotecas provincianas. Su director de entonces, Bernardo Larraya, había intentado una reorganización fuera de todo sistema y orden conocido, con lo cual la biblioteca había sido proyectada a una dimensión fantástica y disparatada que, naturalmente, terminó en un desastre bibliotecario, categoría que, como se sabe, también existe.

A Larraya lo sucedió Edgardo Suárez, un entusiasta de la farándula y la noche pero abierto a las experiencias de cultura que se sucedían al finalizar la década de 1950. La Biblioteca estaba unida a la Dirección de Cultura de la Provincia y bajo el impulso de un escritor de Buenos Aires exiliado en Mendoza, Félix “Grillo” della Paolera, se inició un plan de ediciones literarias con la colaboración del gran poeta mendocino Abelardo Vazquez. En esa ocasión se editó una revista Versión, de calidad y nivel insólito en Mendoza y la Argentina, con colaboraciones que iban desde Borges y Alfonso Sola González hasta Heidegger y Miguel Angel Asturias. También se editaron otros libros de poesía y prosa que han mantenido su vigencia.

En 1958 fui designado Director de la Biblioteca Pública y me propuse efectuar una serie de reformas técnicas y administrativas para sacar a la institución del bajísimo nivel al que había caído. Con ese motivo logré el apoyo financiero y funcional irrestricto del Gobernador de la Provincia, el Dr. Arturo Ueltschi y de su Ministro de Gobierno, Don Fernando Chacón. Recuerdo que eran los años iniciales del Frondizismo cuando la Provincia y todo el país vivían una etapa de afirmación, entusiasmo, modernización e ilusiones. Yo había trabajado con el Subsecretario de Educación, el Profesor Antonio Salonia –camarada desde mis días estudiantiles en la Facultad de Filosofía y Letras- y traía todo su apoyo y solidaridad.

Para ello busqué el mejor asesoramiento técnico que hubiera en el país y lo hallé en la Profesora Josefa Emilia Sabor, Directora entonces de la Carrera de Bibliotecario en la Universidad de Buenos Aires y una personalidad de valor extraordinario con prestigio técnico indiscutible en la Argentina y América. Pepita –como la llamamos- formó un equipo con dos excelentes bibliotecarios: Ema Linares y Omar Lino Benítez, que había organizado y dirigía una biblioteca modelo de Buenos Aires: la de la Caja de Ahorro Postal.

Encargué a Benítez un Informe sobre el estado de la Biblioteca y su rigor y precisión me permitió elaborar el proyecto de reformas. También logré el apoyo de la Universidad Nacional de Cuyo y de su director de la Biblioteca Central, Jorge Comadrán y con esta ayuda la Universidad realizó unas Jornadas bibliotecarias los días 17, 18, 19 y 20 de Octubre de 1960, en las cuales se estudiaron los problemas principales de administración, catalogación, clasificación y circulación hasta los vinculados con otras bibliotecas de nuestro medio. Todo ello en el marco más actualizado del momento pues pensaba y pienso que en estas circunstancias hay que acudir al nivel más alto de la técnica

y los conocimientos. Contribuyeron a esta tarea tres profesores de la Universidad: dos ya fallecidos, Rodolfo Borello y Vicente Cichitti y mi mujer, Emilia de Zuleta.

De las Recomendaciones de las Jornadas surgieron varias ideas: propiciar las reuniones técnicas de los bibliotecarios; la adopción de normas comunes para la catalogación (Biblioteca Apostólica Vaticana); la formación de un catálogo centralizado de todo el material de las bibliotecas universitarias y la coordinación de los reglamentos bibliotecarios y la realización de un Curso de capacitación bibliotecaria, al cual acudieron bibliotecarios de Mendoza y becarios de San Juan y San Luis.

El curso fue un éxito pues se alcanzó un gran nivel teórico y práctico y representó una inyección de entusiasmo entre un personal que, por vez primera, adquirían la conciencia del valer de su trabajo, más allá de los sueldos magros y de la condición subalterna en la cual se consideraban estas tareas. Como Director de la Biblioteca pensé que debía dar el ejemplo y yo también hice el curso como los demás bibliotecarios, quienes salieron del mismo con una visión renovada y moderna, a partir de la cual vivificaron el panorama bibliotecario de Mendoza, en una experiencia extraordinaria cuyo frutos llegan hasta nuestros días.

Tuvo una función predominante la adopción como instrumento de trabajo básico el Manual de Tareas confeccionado para la UNESCO por el bibliotecario argentino Carlos Victor Penna.

También habría que producir reformas estructurales. La Biblioteca estaba unida a la Dirección de Cultura de la Provincia y yo pensaba que ambas funciones, aunque vinculadas en un propósito general de cultural, tienen propósitos específicos diferentes. La biblioteca trabaja con libros y lectores, produce resultados en un largo plazo y requiere silencio, concentración y continuidad, mientras que la acción cultural es dinámica, mediática y cambiante. Por lo general esta última dimensión prima sobre la primera y se lleva las mayores energías y recursos por la repercusión social que logra con su actividad. Ningún Director había querido separarlas porque, además, representaba, una pérdida de poder político y presupuestario en la Provincia. Pero yo, consecuente con mi idea, logré la separación de ambas instituciones y me apliqué a seguir con mi plan bibliotecario.

Dicte un nuevo Reglamento y otorgué a la biblioteca sus funciones específicas. Para lo cual tuve en cuenta, en primer lugar, el carácter de una biblioteca pública, que no podía ser ni la escolar ni la universitaria, aunque muchas veces se la usara como tal en razón del desbarajuste e insuficiencia del sistema en la Provincia y en el país.

El corazón de estas reformas fue el Departamento de Procesos Técnicos, donde se comenzó a trabajar con las nuevas normas de catalogación, con los códigos de la clasificación Decimal Universal y con las signaturas librísticas de ubicación de los volúmenes (sistema Newark). Se organizaron nuevos catálogos y se normalizaron los servicios de circulación de los libros y una amplia sección de Referencia general y especializada. También se reorganizó la sección de publicaciones periódicas, de gran importancia en una biblioteca como la Pública “General San Martín”, donde hay colecciones de valor histórico y, por último, una Biblioteca infantil.

Dispuse, también, un nuevo sistema de Canje (con las indicaciones de la **Guía de canje** de Domingo Buonocore) sobre la base de duplicados y de contacto con las bibliotecas principales de la Argentina, América y Europa. Yo mismo revisaba y disponía las solicitudes de libros y pronto afluyó a la biblioteca un caudal de libros que por su cantidad y calidad jamás hubiera podido comprar la biblioteca. También dispuse la catalogación y ordenamiento de una valiosa colección de obras antiguas (siglos XVII y XVIII) que se conservaban en la biblioteca con vistas a la publicación de un Catálogo especializado de las mismas.

Mi programa de reformas encontró un apoyo entusiasta en los empleados como Francisco Correas, Ada B.de Rodríguez, Liliana Blanco y sobre todo Graciela Gómez Silva de Maure que llegó a ser una de las grandes técnicas bibliotecarias con que se cuenta en Mendoza. Pero también fue importante el saldo favorable para los bibliotecarios de nuestro medio, de San Juan y San Luis. Se expandieron por las bibliotecas más diversas y llevaron a todas ellas su capacitación técnica y re-descubrimiento, diría, de la significación auténtica de sus tareas. Fue como un aire de eficacia y modernidad que vivificó esta actividad en Mendoza. Y se manifestó, luego, en el hecho de que la mayoría de los bibliotecarios que se formaron con esta experiencia pasaron a dirigir otras bibliotecas y centros de documentación de la Provincia y la universidad.

En cuanto a mi experiencia debo decir que en 1962 fui contratado por el Rector de la Universidad Nacional de Cuyo para reorganizar y dirigir la Biblioteca Central. Me apliqué con entusiasmo a esa tarea, que sólo consideré terminada en 1969, cuando se me otorgó la Dedicación Exclusiva en mi cátedra de “Historia de las ideas políticas Americanas”, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y tuve que dejar el cargo ya mencionado.

En otra oportunidad expondré lo que fue esta etapa de mis actividades bibliotecarias y podré examinar con ánimo entre filosófico y realista lo que pasó con tanto esfuerzo y trabajo.

La bibliografía

Con todo lo dicho es comprensible que, desde el comienzo de mis actividades intelectuales concediera a la bibliografía una función principalísima. Ya dije que a mi maestro español, Rodríguez Moñino se lo denominaba “el príncipe de la bibliografía española “ y a su lado aprendí la significación de estas tareas. Don Antonio había preparado muchísimos trabajos y mientras estuve a su lado (1954-1955) completó y editó su **Bartolomé José Gallardo (1776-1852) Estudio bibliográfico** (Madrid, Sancha, 1955). Luego lo vi elaborar con erudición y cuidado varias bibliografías para la Real Academia Española de la Lengua, donde preparó las ediciones y bibliografías relativas a los clásicos y, sobre todo, a los Cancioneros del Siglo XVI, que le deben estudios de gran significación.

A mi regreso y en la Biblioteca Pública “General San Martín” me dediqué a similares preocupaciones bibliográficas. En Hispanoamérica, como se sabe, esta es una tradición riquísima, desde Juan María Gutiérrez y José Toribio Medina hasta Guillermo Furlong y yo consideré que debía trabajar en ese mismo sentido y me apliqué con entusiasmo a estos estudios con la colaboración de personalidades como Don Pedro Grases, de Venezuela, de Ricardo Donoso, de Chile, del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá y muchos otros. Facilité la edición de la primera **Bibliografía de la historia de Mendoza**, de la Profesora Margarita Hualde de Pérez Guilhou y en el primer número de la ya mencionada revista Versión (1958) publiqué mi **Bibliografía de la cultura americana**. Aunque considero superado dicho trabajo, permítaseme la vanidad de señalar que cuando se publicó el tema era inédito en nuestro medio por el escasísimo interés por los temas americanos que padecíamos –y padecemos...- Por esa razón durante años me fue requerido desde otros puntos de la Argentina y el extranjero, donde la consideraban un útil instrumento de trabajo. Como profesor universitario, siempre insistí en la preparación de bibliografías como base de las investigaciones traté que la enseñanza y práctica de la bibliografía se constituyera en una disciplina curricular. Pero este es un tema para el cual preparo un trabajo que ahora sólo quiero anunciar.

Referencia: Zuleta Alvarez, Enrique. Una experiencia bibliotecaria en Mendoza. En Jornadas Nacionales de Bibliografía (5 : 12-14 de octubre de 2000 : Mar del Plata)